



SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 41.

JUEVES 8 DE DICIEMBRE DE 1864.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.
Se vende en los puntos de suscripcion.

Tomo III.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 13.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO, un año 50 rs.

SUMARIO.

OJEADA HISTÓRICA A LA INVASION Y DOMINACION DE LOS ÁRABES EN ESPAÑA. (Conclusion), por Ricardo Andrés y Assereto.—BIBLIOGRAFÍA: el mártir del Gólgota, tradiciones de Oriente, por Enrique Perez Escribá.—UNA COMEDIA CASERA, poesía, por L. R.—HISTORIA NATURAL: el tapir ó danta y el pinchaque, por J. de D.—LA MUJER Y LA FLOR, por A. Ruiz.—ABDIAS, por J. S.—FÁBULA: la araña, la mosca y los lagartos, por Remigio Caula.—PURÉ DE VULGARIDADES, por M. F. el Flaco.—LA FLOR, por Carlos Sanchez Palacio.—BIBLIOGRAFÍA.—EPIGRAMA, por Adrian Viudes y Giron.

OJEADA HISTÓRICA

A LA INVASION Y DOMINACION DE LOS ÁRABES EN ESPAÑA.
(CONCLUSION).

II.

En nuestro primer artículo tratamos de poner en relieve las causas que creíamos que habian preparado la invasion del poder musulmico en la península. Entrando ya en materia veamos de qué manera se verificó y los resultados que produjo.

Cuando el pueblo árabe fijó decididamente la intencion de apoderarse de España en el siglo VIII, se hallaba en su mayor apogeo de civilizacion; los godos estaban en el mas grande período de su decadencia. El pueblo árabe era un pueblo joven vigoroso, sensual, valiente, enérgico, robustecido con la fe de una creencia nueva, que habia dilatado en poco tiempo sus conquistas y que deseaba estenderlas mas, impulsado por su espíritu guerrero. No es pues extraño que los godos perecieran en una sola batalla al primer choque del pueblo árabe.

Las invasiones parciales habian ya comenzado en tiempos de Wamba y de Sisebuto; pero la invasion general que habia de decidir la suerte de los dos pueblos, no tuvo lugar hasta el reinado del rey Rodrigo.

La traicion del conde Julian, del obispo Opas y de los miembros de la familia del monarca destronado, tiende la mano al poder musulman, y guiados por ella surcan el Estrecho los estandartes árabes. El sol de 10 de abril del año 711 alumbra el desembarco de los hijos del falso Profeta: siete siglos de sacrificios y de constante lucha fueron necesarios para hacerles perder el inmenso poder que ellos alcanzaron casi con una sola batalla.

Despierta Rodrigo al son de los guerreros clarines, y saliendo del lúbrico letargo en que yacia, arrullado por las caricias de la tierna y desgraciada *Florinda*, acude á la defensa de su patria. La sangre de rey y de español circula por sus venas: nace en su pecho un ardoroso fuego, y trocando los elegantes vestidos y mullido lecho por luciente armadura y las fatigas del campo de batalla, se apresta vigoroso á la pelea.

Pero era ya tarde: el pueblo caduco habia de sucumbir arrollado por el pueblo joven, y esto es lo que aconteció en la batalla de Guadalete: la civilizacion gastada desapareció al impulso de otra mas enérgica. Los árabes solo vencieron á los godos; las demás razas que poblaban la península no entraron en la lucha para ayudar á sus señores, se limitaron solo á variar de dueño. Tal vez si la unidad religiosa, política y civil se hubiera realizado mas pronto, no hubieran sucumbido los godos, pues amalgamados los diversos habitantes de la antigua Iberia, hubieran podido resistir la invasion.

Pero los hijos creyentes de Mahoma ocuparon la España: y Tarich, Muza y Abdalasis la sometieron por completo al yugo sarraceno.

Bien pronto las antipatías de raza y odios de tribu que dividian al pueblo árabe, realizaron un drama sangriento: los Abasidas, enemigos irreconciliables de los Beni-Omeyas, asesinaron á todos los individuos de esta familia, pudiendo solo uno escapar en el desierto del puñal de sus viles perseguidores. Esto su-

cedia en el centro del imperio, y como consecuencia, las provincias se hallaban en la mas completa anarquía.

España vió con este motivo ocasion de separarse de la antigua metrópoli, constituyendo su reino aparte. Ochenta jeques ó caudillos, reunidos en Córdoba, nombran califa á Abderraman I, último vástago de la familia asesinada; y este sabio monarca es el fundador de la dinastía Omniada, una de las mas brillantes de cuantas han ocupado trono alguno y que dió una serie de califas á cual mas dignos, príncipes filósofos y guerreros, estirpe privilegiada de la que apenas hubo un solo vástago que no mereciera su distinguido lugar en la historia.

Abderraman I, apellidado el *Magnífico*, fue notable, pues como guerrero, fundó un imperio fuerte y vigoroso, y como civilizador creó escuelas en Córdoba y puso los cimientos de la famosa Aljama, que hoy admiramos aun, convertida en templo católico.

Alhaken I y Aderraman II continuaron la obra civilizadora de su antecesor. Abderraman III, considerado como el primer monarca de su tiempo, eleva al califato á su mayor altura. Las letras son cultivadas con esmero, y créase la famosa biblioteca que existia en Córdoba, compuesta de 400,000 volúmenes.

A fines del siglo X sube al trono Alhaken II, que hace de la España árabe el emporio de las ciencias y de las artes: es el amparador de las letras y protector de los doctos, y sustituye los certámenes literarios y las bibliotecas, á los combates sangrientos y los campos de batalla; y los cánticos poéticos, al sonido de los clarines y atabales, siendo un adorador decidido de las musas.

Sucede á este monarca sabio el débil Hlisen II, bajo la tutela de su tio Almanzor, genio privilegiado, guerrero y literato, que amenaza destruir segunda vez y para siempre las monarquías cristianas. En veinte y cinco años ganó cincuenta batallas.

Pero no eran Mahoma ni su culto los que habian de vivir en España; era otro pueblo que Dios con su mano omnipotente habia ya marcado á los eternos destinos de la humanidad; era el verdadero pueblo español.

Viendo los reyes cristianos el inminente peligro que les amenazaba, reúnen, agrupan sus valientes legiones y echan la suerte decisiva en las llanuras de Calat-Añazor. Arabes y españoles pelean con ardimiento y fiereza; pero habia sonado ya la última hora de los hijos del Profeta, y la batalla de Calat-Añazor fue para ellos lo que el Guadalete para los godos. Almanzor, herido en el combate, tiene que refugiarse para morir en Medinaceli. La España musulmana lanza un grito de dolor; es su primer grito de muerte.

La pérdida de Almanzor, último vástago de los Beni-Omeyas, es la pérdida del califato de Córdoba. A su muerte convierten en juguete al débil Hsien II, y concluye por destruirse la ciudad, resultando tantos reyezuelos como valies habia en las provincias. La fuerza del imperio árabe consistia en el poder y relevantes cualidades de sus califas; era un cuerpo débil, cuya cabeza de hierro imprimia la voluntad á sus demás partes; faltó la cabeza, y el cuerpo se desplomó inerte y sin vida.

Nuevas razas vienen á reforzar á los árabes de España, ó mejor dicho, nuevos hijos creyentes de Mahoma llegan para dominar en la península. En el siglo XI los Almoravides, terribles y esforzados, hacen nuevas conquistas. En el siglo XII, el Africa arroja nuevamente de su seno á los Almohades, que se multiplican y estienden por España como impetuoso torrente que desborda sus aguas, impelidas por la gruesa lluvia de una terrible tempestad. Los Almohades echan de nuestro suelo á los Almoravides, como estos habian lanzado á los Beni-Omeyas. Finalmente vienen los Bení-mesines y ocupan la península.

El pueblo moro habia degenerado, no era ya aquel pueblo valiente é ilustrado que invadió la España del siglo VIII. Sin embargo, revive otra vez Granada bajo el cetro del sabio y prudente rey Ben-Alamar, en el siglo XIV, y la ciudad de los bellos y poéticos jardines se hace el emporio del comercio y el centro de la cultura y el placer. El tráfico atrae á los negociantes de lejanos climas, y las fiestas y torneos á los mas gallardos caballeros cristianos y musulmanes.

El pueblo árabe, cual el debilitado enfermo que reúne todas sus fuerzas para lanzar el último suspiro, habia querido, ayudado por la sabia administracion de su entendido monarca, hacer de Granada otra nueva ciudad centro del mundo, como lo habia sido Córdoba; pero era ya tarde y el brillo que adquirió fue pasajero. Bien pronto el rey Boabdil tuvo que entregar las llaves de su ciudad querida á nuestros Reyes Católicos en el año 1492, y el estandarte de Mahoma y sus sectarios desaparece para no volver jamás á enarbolarse en España.

¿Qué influjo ejerció la raza árabe en la civilizacion de Europa? Veámoslo.

La cultura romana habia desaparecido con la invasion de los bárbaros y el saber humano se extinguía por momentos. Los árabes eran un pueblo apto para conservar, no para adelantar: así lo disponia su religion fatalista y su lengua semítica, dispuesta como la hebrea para la tradicion, no era á propósito para las especulaciones filosóficas. En sus conquistas recogieron todo lo que quedaba de la civilizacion griega y romana, y pudieron estudiar á Hipócrates, Galeno, Ptolomeo, Euclides y Aristóteles. De este modo se transmitió á los pueblos modernos la ciencia de Roma que iba á morir con la invasion de las tribus del Norte. Entre la antigua civilizacion y la nueva existia una solucion de continuidad que se encargaron de hacer desaparecer los árabes.

Córdoba era el centro de la civilizacion de aquella época, y a sus escuelas venian á estudiar todos los hombres notables. En ellas recibió la instruccion el célebre monge Gerberto, que despues se sentó en el trono pontificio con

el nombre de Silvestre II. A las escuelas árabes españolas de Toledo, Córdoba y Sevilla acudian franceses, italianos, ingleses, individuos de todas las naciones á recibir la ciencia y la instruccion. Los gloriosos reinados de Abderrahman I, Abderrahman III y Alhaken II marchan á la cabeza de la civilizacion del mundo, y España les debe magníficos monumentos artísticos y grandes adelantos en su literatura.

El pueblo musulman no llegó á fundirse con el español despues de tantos siglos de dominacion: existia un insondable abismo entre ellos, la diferencia de religion: tenia por símbolo la cimitarra y la media luna, en vez del estandarte de la cruz. Sin embargo, vencedores respetan la religion y costumbres de los vencidos, y es notable oír muchas veces confundidos el sonido de la campana, que convocaba al cristiano al sacrificio de la misa ó á oír la palabra divina, y la voz de los muezzines que llamaba á los creyentes de Mahoma al rezo de la alzada ó al sermón de su alcañib. Algunas persecuciones terribles han manchado despues la senda emprendida; pero no han sido mas que pequeñas ráfagas de encarnizados odios.

La esquisita cultura oriental se desploma con la grandeza material de la raza Omniada y vienen á empañar el brillo póstumo de la dominacion agarena, las pasajeras de los Almoravides y los Almohades. En Granada hemos visto un pequeño destello de la antigua cultura, que desaparece al resplandor de la cruz y el Africa vuelve á ocultar en su seno los carcomidos restos de un pueblo que fue culto y que vegetará para siempre en la barbarie alla en los ardientes desiertos que fueron su cuna y que serán su mortaja.

RICARDO ANDRÉS Y ASSERETO.

BIBLIOGRAFÍA.

EL MÁRTIR DEL GÓLGOTA,
TRADICIONES DE ORIENTE.

Tenemos el gusto de ofrecer á nuestros lectores un fragmento del magnífico libro *El Mártir del Gólgota*, original del fecundo y ameno novelista don Enrique Perez Escrich. Esta hermosa obra, acerca de la cual han guardado el mayor silencio nuestros críticos y nuestros mas distinguidos orientalistas, es en nuestro entender humilde la mas galana y brillante joya de su acreditado autor. El profundo estudio que sus páginas revelan, la inagotable de su estilo y la verdad con que está desenvuelto su difícil asunto, le hacen digno del aplauso de los inteligentes, de la admiracion del público, de los elogios del mundo literario y del tributo que á su mérito reconocido rinden hoy sus editores haciendo de esta bellísima obra una segunda y elegantísima edicion. Nuestros lectores, que ya tuvieron tiempo de apreciar su valor cuando les dimos á conocer algunos de los capítulos que forman parte del libro, tiene hoy nueva ocasion de apreciar la belleza en que abunda por el siguiente fragmento.

EL FESTIN DE MAQUERONTA.

I.

Vedle, allí está: es Maqueronta, gigante de granito que desde las fronteras de Judea amenaza eternamente á los rapaces árabes que habitan las solitarias riberas del mar Muerto.

La luna, esa poética y silenciosa aurocha de la noche, derrama los puros rayos de su irente sobre sus altos muros y denegridas torres.

El aire abrasador del desierto calcina su fuerte muralla; el murmullo del cadencioso Jordan arrulla el sueño de sus moradores.

Los soldados mercenarios del señor de Galilea, del corrompido y avariento Antipas, cantan desde las altas almenas, recordando tal vez el cielo de su patria, el beso cariñoso de

una madre, la mirada de amor de una querida, la patria, recuerdo indeleble que no se borra nunca del corazon del desterrado.

Era una noche del mes de Elul (1), á esa hora en que los judíos denominan cabeza de las vigiliass (2).

El céfiro nocturno gime blandamente en las altas copas de los árboles que cercan el castillo de Maqueronta.

La luna está en su lleno.

El purísimo azul del cielo ostenta aquí y allá alguna estrella perdida que oscurece su hermoso resplandor herida por los radiantes reflejos que derrama en el espacio la reina de la noche.

Las ojivas ventanas del castillo están abiertas.

Por sus estrechos huecos se esparce una viva claridad.

De vez en cuando óyese el delicioso acento de las flautas, las liras y la voz de los cantores.

El árabe, oculto en los espesos matorrales ó tras la infecundas rocas, escucha aquella deliciosa armonía observando con perspicaz mirada el resplandor de las luces del castillo.

El perfume de la mirra y el incienso tambien llega hasta él envuelto en los pliegues de la brisa nocturna.

¿Qué sucede en Maqueronta?

Aquella fortaleza alzada allí por la mano poderosa de los señores de Israel para detener las invasiones del hambriento árabe; aquel escudo de guerra donde tantas veces se ha estrellado la flecha del hijo del desierto; aquel monton de rocas inespugnables en cuyas entrañas el avariento Antipas sepultaba sus tesoros, ¿se ha convertido en la mansion del placer, de la pereza, de la voluptuosidad, del amor?

¿Por qué en vez del grito de guerra, por que en vez del nocturno centinela, se escuchan los dulces acordes de la música, el apasionado canto de los trovadores de Israel?

¿Por qué en vez de arrojar flechas y piedras despiden aquellas ventanas torrentes de luz perfumados con los aromas mas preciosos de Arabia?

Porque el mes de Elul ha llegado á la mitad de su carrera, y Herodes Antipas ha reunido en su inespugnable castillo de Maqueronta á los mas valientes oficiales de sus legiones, á los mas nobles herederos de Galilea, para celebrar un espléndido festin con motivo de ser el aniversario de su natalicio.

Por esos las lámparas egipcias y las teas de abeto resinoso alumbran los artesonados techos y las tapizadas paredes del espacioso salon destinado á las ceremonias.

Por eso los pebeteros griegos, con sus deliciosas emanaciones, perfuman el ambiente.

La púrpura de Tiro, el oro de Nínive, las perlas de Golconda, brillan con todo el esplendor de su riqueza.

La impúdica Jezabel habia introducido el uso del perfume y los afeites entre los modestos hijos de Sion.

La corte de la adúltera Herodías no se avenia á llevar el pudoroso velo de las vírgenes sobre el rostro; prefirió el provocativo lujo que habia introducido la enemiga de Elías, la reina que fue devorada por los perros.

En el festin de Maqueronta las mujeres ostentaban tiaras de perlas al estilo de Persia, redicillas de esmeraldas, coronas almenadas de oro, y algunas, en el impudico y mal abrigado seno, mostraban gargantillas de diamantes para llamar hácia aquel sitio las lúbricas miradas de los mancebos.

La mayor parte de aquellas bacantes de Palestina que han olvidado la voz profética de Jeremías, llevan las yemas de los dedos teñidas del color purpurino de la rosa silvestre, y las cejas y las pestañas pintadas de negro.

Las melodiosas arpas, las dulcísimas liras,

(1) El mes de Elul de los hebreos cae entre el agosto y setiembre nuestro.

(2) Cabeza de vigilia es el espacio que media desde que el sol se pone hasta las doce de la noche.

las dolientes flautas y las penetrantes cítaras, armonizan y llenan con sus mágicas armonías los ámbitos del anchuroso salón de Maqueronta.

Mas de cincuenta convidados de ambos sexos se hallan alrededor de la espléndida mesa que preside la impúdica Herodías.

Los vinos de Italia comienzan á embriagar la cabeza de las sibaritas de Israel.

Las miradas provocativas de las mujeres fascinan los ardientes cerebros de los jóvenes convidados.

—Brindó, esclama un centurion romano casi embriagado, por las lágrimas del rey Aretas y el desconsuelo de su hija.

Este brindis impío fue seguido de un hosanna de entusiasmo.

Las lágrimas de la mujer de Antipas, repudiada tan villanamente, hacian reír á la corte del miserable tetrarca de Galilea.

Herodías agradeció con una mirada al romano aquel brindis.

Aquella miserable adúltera estaba preocupada durante el banquete.

Un pensamiento horrible bullia en su cerebro.

Solo esperaba un momento oportuno para realizarlo.

Su rencor, su odio inestinguible hácia el Bautista, iba á manifestarse con toda la monstruosidad de que era capaz el corazón de aquella reina impura.

De vez en cuando volvía la cabeza hácia una puerta que estaba cerrada.

Parecía impaciente y como si esperara algo. Antipas, aunque medio embriagado, advirtió la distracción de su esposa, y alargándola una copa la dijo:

—Querida Herodías, en las noches de placer, cuando todo sonríe alrededor nuestro, ¿por qué se nubla el hermoso cielo de tu semblante? Brinda, Herodías mía, y desecha importunos recuerdos.

En este momento se abrió la puerta.

Herodías exhaló un grito de gozo.

Todos dirigieron las miradas hácia la puerta.

—¡Oh! Esclamó Antipas como fascinado; es Salomé, mi adorada hija adoptiva: ¡qué hermosa está! Parece una ninfa brotando de entre las espumas del mar. Adelante, hija mía, adelante; solo un ángel faltaba en esta fiesta deliciosa para que el festín tuviera algo de celestial.

Salomé, la hija de Herodías, avanzó algunos pasos, y al llegar al sitio que ocupaba Antipas le presentó la frente para que se la besara.

Aquella niña contaba apenas quince años.

Su hermosura era provocativa, incitante.

Largos bucles negros y lustrosos caían sobre sus hombros.

Su cuerpo, cubierto apenas hasta la cintura por un velo de finísima gasa de color de grana, dejaba ver sus redondos brazos y naciénte seno á las codiciosas miradas de los convidados.

Llevaba una falda blanca que le llegaba hasta la garganta de la pierna, y otra falda de seda azul, encima, algo mas corta.

Ricos brazaletes brillaban en sus brazos, y un primoroso cintillo de diamantes rodeaba su cabeza.

Los aretes que adornaban sus pequeñas y sonrosadas orejas eran sencillamente dos ristras de perlas.

En sus diminutas manos agitaba una pandereeta con cascabeles de oro.

Después de recibir el beso de su padre adoptivo, miró Salomé á su madre como esperando alguna orden.

Los ojos de Herodías resplandecían de placer.

Su hija estaba radiante de hermosura.

Su presencia en el salón había eclipsado el brillo á las mas hermosas.

Aquella joven era, mas que una realidad, un sueño fantástico.

Antipas, embelesado en la contemplación de su ahijada, se había quedado con la copa en la mano.

Herodías hizo una seña á Salomé, y la jó-

ven se puso á tocar la pandereeta y á danzar delante del tetrarca de Galilea.

Imposible seria describir los ademanes deshonrados, la impúdica desenvoltura de aquella joven que, amaestrada por su adúltera madre, arrastraba á los pies de aquella corte corrompida, lo mas precioso, lo mas caro para una joven: el pudor de la adolescencia.

Los aplausos, los vítores, el entusiasmo aturdián con sus impuros gritos á aquella niña corrompida.

Salomé, como si estuviera poseída de un vértigo, danzaba sin tregua sin demostrar fatiga.

El sudor corría por su frente coloreada por el cansancio.

Por fin cayó casi desfallecida en los brazos de Antipas. Este la estrechó contra su corazón, ébrio de placer.

En aquel momento de entusiasmo, y mientras daba á la joven en la acalorada mejilla el beso de agradecimiento, le dijo con una alegría infinita:

—¡Oh, hermosa é incomparable Salomé! Tu cintura es flexible como la tierna palma que crece en las orillas de un lago, cuando la mece el céfiro de la mañana; tus ojos tienen el brillo irresistible del diamante herido por los rayos del sol. El genio de la gracia y del amor no pueden formar otra mas bella que tú. Pide, hija mía, pide lo que quieras, que yo te ofrezco bajo palabra de honor que te lo concedo aunque me pidieras la mitad de mi reino.

Salomé dió un beso al tetrarca y fué á donde estaba su madre.

En los ojos de Herodías brillaba el placer indefinible de la venganza.

Abrazó á su hija con un entusiasmo que nunca había sentido.

—Ya has oído, exclamó Salomé, lo que me ha dicho tu esposo, mi señor: ¿qué te parece que le pida, madre mía?

—Pídele, le dijo Herodías, la cabeza del Bautista en un plato.

Salomé miró á su madre; pero ésta le contestó sencillamente:

—Vé, hija, pídele lo que te he dicho.

La joven corrió á donde estaba Antipas.

Algunos cortesanos le rodeaban, celebrando la gracia irresistible de Salomé.

Al verla llegar abrieron la puerta.

La hija de la infame adúltera se arrodilló á los pies del tetrarca.

—Vengo, señor, le dijo, á reclamarte el ofrecimiento que hace poco me has hecho.

—Me alegro, hija mía, que me cojas la palabra: será para mí un placer recomensar tus encantadoras gracias: pide lo que quieras, que concedido lo tienes.

—Pido, pues, señor, la cabeza de Juan el Bautista, puesta sobre un plato.

Estas palabras produjeron un efecto mágico.

Los miserables cortesanos de Antipas aplaudieron con entusiasmo el increíble y criminal capricho de la joven Salomé.

El tetrarca había dado su palabra; pero vacilaba.

—Tengo tu palabra, señor, que es sagrada; volvió á decir la desenvuelta joven.

—Es verdad, dijo un cortesano, adulador despreciable de la adúltera Herodías; tú, señor, le has dicho que pida lo que quiera, y esa joven desinteresada, casi heroica, pide la cabeza de ese trastornador del orden público, de ese andrajoso, que haciendo creer que estaba inspirado por el Santo de los Santos, embaucaba á las tribus poniendo en grave riesgo la tranquilidad de Galilea.

La mayor parte de los cortesanos apoyaron las palabras de sus compañeros.

Antipas, aunque con alguna repugnancia, llamó á un oficial del castillo, y le dijo:

—Baja al calabozo de Juan y manda á un sayon que le corte la cabeza.

El oficial, acostumbrado á obedecer, se inclinó en señal de acatamiento.

—Espera, volvió á decir Antipas; coge un plato y coloca la cabeza en él: luego se la entregas á esta joven.

Entonces, barbarie inaudita, Herodías hizo una seña á los músicos, y empuñando una copa, invitó á los convidados un brindis, diciendo:

—Por la gracia de la bailarina, por los encantos irresistibles de Salomé mi hija.

Todos apuraron la copa, escepto Antipas, en cuyo rostro se pintaba el remordimiento.

El festín continuó con la misma alegría, con el mismo entusiasmo.

¿Qué importaba para aquellos infames la vida de un hombre como Juan el Bautista?

Mientras tanto, en un téntrico y húmedo calabozo, á donde no penetraba la luz del día, un hombre joven aun, gemía entre las gruesas cadenas que le sujetaban á un banco de piedra.

Aquel hombre se llamaba Juan el Bautista; era el santo Precursor de Cristo.

La noche del festín que hemos bosquejado, dormía con el sueño tranquilo del justo, sobre las duras piedras que le servían de lecho.

A sus oídos no llegaba el báquico estruendo del banquete, celebrado en la parte alta del castillo.

Hacia siete meses que esperaba en vano día tras día ver rotas sus cadenas.

Dos pensamientos preocupaban su imaginación durante las horas del sueño: los milagros del Mesías, cuya fama había llegado hasta su calabozo, y ver la luz del sol.

Cuando los sayones entraron en el calabozo, Juan dormía tranquilamente.

El ruido de las armas, el resplandor de las teas, le despertó.

El oficial encargado de tan horrible sentencia, estaba pálido.

Juan le dirigió una mirada llena de dulce compasión.

—¿Vienes, le dijo, á anunciarme la hora de mi libertad?

—Vengo, dijo bajando los ojos al suelo, á anunciarte la hora de tu muerte.

Juan no se inmutó.

Una sonrisa llena de santa resignación asomó á sus labios.

—Haz, pues, lo que te mandan, le dijo sin levantar la voz. Solo siento morir sin besar antes las divinas plantas del Cristo que recorre la Galilea predicando la nueva ley.

Uno de los sayones, que llevaba en la mano una espada corta, de hoja ancha y afilado corte, se acercó á Juan y le puso una mano sobre el hombro como para obligarle á que inclinara la cabeza.

—Espera un momento, le dijo el Precursor; y dirigiendo la mirada y la palabra al oficial encargado de la sentencia, continuó:

—Joven, dile á tu ama y al adúltero Antipas, que por las tierras de Israel vá el que ha de vengar mi muerte; que yo deploro, en el último instante de esta vida pasajera y perdurable, que ellos me quitan, el fin que le está reservado. Antipas, Herodías y Salomé su hija, morirán en tierra extranjera, abandonadas de Dios y de los hombres. Ahora, hiere, verdugo, hiere sin temor, yo te perdono.

Un momento después, la cabeza de Juan cayó sobre las duras baldosas del calabozo, y un mar de sangre enrojecía el cuerpo frío y mutilado del santo Precursor.

II.

Cuando terminó el festín, el oficial encargado de la terrible sentencia presentó á Salomé la cabeza de Juan en un plato, diciéndola:

—Toma, hermosa joven, el premio que codicias por tus gracias.

Aquella cabeza ensangrentada iba cubierta con un paño blanco.

Salomé corrió al camarín de su madre, y dejando el plato sobre una mesa de cedro, la dijo:

—Aquí tienes, madre mía, lo que me has pedido.

Herodías quitó el paño y se puso á contemplar la lívida cabeza del Bautista.

Después se quitó un punzón de oro de sus cabellos, y se entretuvo en pinchar aquella



El pinchaque.

lengua que en otra ocasión la había llamado adúltera.

La mujer de Marco Antonio había hecho lo mismo con la lengua de Cicerón.

Increíble parece tanto rencor, tanta ferocidad en el corazón de una mujer.

Mientras tanto, Antipas se había acostado.

En vano procuraba el cobarde asesino de Maqueronta reconciliar el sueño.

Mil sombras ensangrentadas cruzaban por su mente.

El oficial le había dicho las últimas palabras

de Juan, y la serenidad con que había visto brillar el arma homicida sobre su cuello.

Antipas el asesino, logró por fin conciliar el sueño.

Pero, ¡ay! entonces se presentó ante los ojos de su calenturienta imaginación el horrible porvenir que le esperaba.

Vió en sus sueños un ejército poderoso que, atravesando las altas cordilleras del monte Hermon, se detenía en la llanura de Aubanítide.

Aquellos soldados, de rostro tostado por el sol del desierto, vestían blancos alquiceles que flotaban á merced del viento.

En sus callosas manos brillaban los cortos alfanjes y las ligeras lanzas.

Sus caballos corrían con la rapidez del viento.

Aquel ejército lo mandaba un anciano de noble semblante y blanca barba.

Llevaba un estandarte negro en la mano izquierda, y una pesada hacha de armas en la derecha.

Un casco de hierro, alrededor del cual brillaban las hojas de una corona de oro, cubría su cabeza.

El caballo que montaba obedecía á la voz. Las riendas eran inútiles.

El estandarte tenía una inscripción.

Los cerrados ojos de Antipas leyeron aquella inscripción que decía:

«Aretas, rey de Arabia, vengará á su hija.»

Gruesas gotas de sudor caían de la frente del dormido tetrarca de Galilea, porque aquel nombre era el del rey cuya hija acababa de repudiar, por unirse con la mujer de su hermano, con la vengativa Herodías.



Batalla del Guadalete.

El ejército árabe que se encaminaba á vengar á la hija de su señor, se detuvo en los campos de Betania y como á una hora de la ciudad de Gaulon.

Antipas vió otro ejército que salió de la ciudad.

Delante de aquel ejército, montado en un caballo negro como el dolor, impaciente como la ira, veíase á un hombre vestido con el traje de los señores hebreos.

Aquel hombre se llamaba Filipo; era el esposo burlado de Herodías, el hermano de Antipas.

Filipo y Aretas hablaron con calor por largo rato bajo una tienda.

El miserable verdugo de Juan vió cómo aquellos dos caudillos se estrecharon las manos, y oyó este juramento: «¡Guerra y exterminio á Herodes. Antipas!»

Después los dos ejércitos, el árabe delante y el de Filipo detrás, se encaminaron hacia el Jordán en son de guerra.

Al llegar á la ribera opuesta de Corozaim vadearon el río, y como el simoun, se extendieron devastándolo todo por las pacíficas tribus de Nephtalia hasta Zabulon.

Antipas escuchaba el lamento de sus súbditos cuyas gargantas eran segadas por el alfanje invasor.

Estas maldiciones llegaron á sus oídos.

«Maldita sea la mujer adúltera, Dios castigue á los galileos porque permiten que les gobierne un rey cobarde y vicioso. Maldito sea Antipas, maldita sea Herodías, maldita sea Salomé.»

Mientras tanto, Aretas y Filipo, conquistando ciudades y talando campos, llegaron á Tiberiades.

Antipas tuvo miedo, y huyó con su esposa y su infame ahijada.

De noche, rodeados de un puñado de mercenarios romanos, espuestos á caer cien veces cada día en poder de los invasores, llegaron á la torre de Stralon.

A fuerza de oro, la lancha de un pescador, corriendo mil riesgos, les trasportó á Tiro.

Esta travesía costóles muchas noches, porque temían navegar de día.

Herodías enfermaba; pero de un mal extraño, desconocido.

Antipas veía de día en día apagarse la belleza de aquellos ojos que le habían hecho cometer una infamia.

Salomé, encerrada en su dolor, maldecía á aquel monarca destronado.

Por fin llegaron á Roma.

Antipas tenía una esperanza: Tiberio; pero ¡ay! Tiberio había dejado el cetro de Roma.

Otro reinaba en su lugar.

Llamábase Cayo Calígula. Debía el imperio á un oficial llamado Macron, que audaz y te-

merario había ahogado á su señor Tiberio bajo un montón de almohadas, sentándose sobre ellas y diciendo con burlesca entonación: *Hé aquí un tirano que muere por falta de aire, y no dejaba respirar á nadie en el imperio.*

Cuando Antipas supo que reinaba Calígula, tuvo miedo: porque Calígula era un insensato que erigia templos á sus queridas, que sembraba con polvos de oro las arenas del circo donde los gladiadores se despedazaban para entretener su ocio, que hacía conducir los carros á los senadores, que en solo diez y ocho horas hizo matar en el hipódromo quinientos osos y trescientas panteras y leones.

Porque Calígula, de insensato, de loco, se trasformó despues de su grave enfermedad en el monstruo mas despreciable, en el asesino mas soez.

Su primer crimen fue monstruoso. Potisio, viendo enfermo á su emperador, ofreció su vida á los dioses si salvaban al joven Calí-

gula: y Calígula, crueldad increíble, mandó, viéndose restablecido, que cumpliera el ofrecimiento.

Potisio fue paseado por las calles de Roma, coronada la frente de laurel, y luego arrojado desde la Roca de Tarpeya.

Porque Calígula, loco, sanguinario, cobarde asesino, á quien hacía temblar la idea de la muerte, tenía el capricho de presentarse en público con una barba de oro imitando á los falsos dioses de la antigüedad.

Porque Calígula, extravagante y mentecato, hizo construir una cuadra de mármol blanco para su caballo, le cubrió con la púrpura real, adornó su cuello con ristra de perlas, servíale cebada en plato de oro, le hacía beber vino en su misma copa, le nombró caballeros para su servicio, y últimamente elevóle á la categoría de cónsul.

Porque Calígula compraba todo el grano de las cosechas para que su pueblo muriera de



Abdias, profeta.

hambre, y exclamaba de vez en cuando: *¡Ay! Si el pueblo romano no tuviera mas que una cabeza y pudiera cortarse de un solo golpe... (1).*

Antipas, en su horrible sueño, veía todas estas cosas que aun pertenecían al dominio del porvenir.

El cobarde fugitivo de Galilea se presentó temeroso al tirano de Roma, y el tirano le dijo:

—El destierro y la miseria es la muerte mas dolorosa que puede darse á un rey. Tú ayudaste la conspiración de Sajan, rey de los partos, contra Tiberio. Pues bien, tu hermano Agripa es tu delator: yo le doy tus riquezas y tu reino, y te destierro con tu familia á un rincón de España.

Antipas veía todo esto con la verdad aterradora de una pesadilla.

Salomé abandonó á aquellos pobres desterrados que tenían hambre y que vivían en una miserable aldea de Sierra-Morena.

Herodías fue atacada de la lepra, y contagió á su esposo. Este mal los aisló de las gentes.

(1) Sabida es la suerte del asesino Calígula. Los puñales de Merea y sus cómplices acabaron con aquel monstruo en los corredores del teatro de Roma: tenía veinte y nueve años y había reinado cuatro. Su mujer y su hija fueron degolladas por orden de Merea.

Los dos esposos llegaron á odiarse, y por fin la muerte puso término á tan miserable vida.

Pero el sueño de Antipas era tenaz como la desgracia.

Despues de muertos, vió cómo sus cuerpos fueron pasto de las aves de rapiña.

Vió á Salomé caer en un río helado y quedarse con la cabeza fuera y el cuerpo sumergido en el fondo.

Salomé hacía esfuerzos horribles para salir de aquella situación desesperada; pero el constante filo del hielo fue poco á poco segando su garganta.

Antipas vió la hermosa cabeza de su ahijada rodar por encima de la helada superficie del río, y el cuerpo hundirse en las profundidades del agua.

Aquella cabeza tenía los ojos abiertos, y aquella lengua hablaba y decía:

—¡Maldita, maldita, maldita sea la que me llevó en sus entrañas! Ella me dijo: «Pide la cabeza de Juan,» y Juan era un elegido del Dios verdadero. ¡Maldita, maldita, maldita sea la mujer rencorosa, pues por ella muero degollada! Madre, tú querías la cabeza del Bautista, pues bien: toma también la mía.

Y Antipas vió rodar aquella cabeza insepulta

que se llegó hasta él dándole un beso (1). Entonces despertó.

El sudor inundaba su cuerpo.

El miedo hacía estremecer sus carnes.

La luz del día que penetraba por una ventana del castillo, comenzó á serenarle.

—¡Ah! exclamó. ¡Qué sueño tan horrible si fuera cierto!

Aquel sueño se cumplió algunos años despues de la muerte de Nazareno.

UNA COMEDIA CASERA.

En la semana pasada,
me llevaron á un teatro
casero, en donde se hacía,
un drama que daba espanto:
ignoro quién es su autor,
pero sí sé que fue parco,

(1) Todos estos sucesos son en su mayor parte históricos. Antipas y Herodías murieron miserablemente en un rincón de España, donde les desterró Calígula, y Salomé tuvo el fin trágico que hemos narrado. Nuestro objeto al narrar en la forma de sueño el fin del tetrarca de Galilea y su infame esposa, del hombre que despues de degollar á San Juan debía poner sobre los purísimos hombros de Jesús el blanco túnico de los dementes, ha sido para dar una ligera idea á nuestros lectores de cómo terminaron los verdugos de San Juan; porque despues de la muerte de Cristo no pensamos ocuparnos de ellos.

pues solo le puso al drama,
como unos nueve á diez actos.
Su título: «Lealtad
ó El caballo mas bizarro
de la milicia española.»
¡Echa título, canario!
Después que sin compasión
mis oídos destrozaron,
un fagot, un cornetín,
un trombon, un contrabajo,
un violín, dos guitarras,
que según lo que he indagado
sonando los instrumentos,
quisieron tocar fandango,
el telón se levantó
y apareció el escenario.
Salió el galán, un buen mozo
aunque un tanto jorobado
nos dijo unos pocos versos
que tiraban mucho á malos
y se presentó la dama
y su padre y su criado.
Yo no sé qué tremolina
se movió, pero fue el caso,
que el padre se equivocó
y los demás no acertaron.
Al público, que hasta entonces
hubo de estarse callado,
le disgustó el contratiempo,
y unos á reír se echaron,
otros silba que te silba:
en fin, era aquello un caos.
El galán grita.—El telón.
La dama.—Que me desmayo.
Los comparsas se aturullan.
El padre, con desenfado,
le dice al apuntador:
—Apunta un poco mas alto.
El apuntador da voces
se hunde un poco del tablado,
se cae la decoración,
y al gracioso, un buen muchacho,
le dan entre ceja y ceja,
un terrible tomatazo.
El que mojado se ve
y advierte que es colorado,
empieza á gritar:—¡Ay! ¡sangre!
¡Que yo me estoy desangrando!
—Música, gritaba un chuseo,
y le pega un patatazo
en la calva, al profesor
que tocaba el contrabajo.
En fin, en confusion tal
y tan sin igual escándalo,
bajó el telón poco á poco,
y solamente de un lado.
Salió al cabo un maquinista
y todo quedó arreglado,
para poder dar principio
á todos los demás actos.
Mas yo que ya ví el principio,
me dije, vamos andando,
que para hacer unos versos
aunque estos versos sean malos,
de una comedia casera
basta solo ver un acto.

L. B.

HISTORIA NATURAL.

EL TAPIR Ó DANTA Y EL PINCHAQUE.

El tapir es del tamaño de una vaca pequeña ó un cebú, pero sin cuernos ni cola: sus piernas cortas, el cuerpo arqueado como el del cerdo: cuando pequeño está manchado como el ciervo, y después su pelo es uniforme y de color pardo oscuro, la cabeza larga y abultada, con una especie de trompa como el rinoceronte: tiene diez dientes incisivos y diez molares en cada mandíbula, carácter que le separa enteramente del género de los bueyes y demás animales que rumian, etc. De este animal no tenemos en Madrid sino algunos despojos, por lo cual nos parece acertado poner aquí las descripciones que, teniendo presente el original, han hecho de él Marcgrave y Barrere, y

referir al mismo tiempo lo que de él han dicho los viajeros y los historiadores.

Parece que el tapir ó danta es un animal triste y tenebroso, que no sale sino de noche, y que no está con gusto sino en el agua, donde habita mas comunmente que en tierra: vive en los pantanos, y apenas se aleja de la orilla de los ríos ó de los lagos: luego que se ve amenazado, perseguido ó herido, se arroja al agua, se sumerge en ella y está el tiempo suficiente para caminar mucho antes de volver á aparecer. Estas cualidades en que conviene con el hipopótamo, han hecho creer á algunos naturalistas que era del mismo género; pero difiere tanto de él por su naturaleza como está distante por el clima, lo cual con solo comparar las descripciones que acabamos de citar, con la que daremos del hipopótamo. El tapir, aunque habita en el agua, no se alimenta de pescado y sin embargo de estar sus mandíbulas armadas de dientes incisivos y cortantes, no es carnívoro, vive de plantas y no se vale de sus armas contra los demás animales: su índole es suave y tímida, y por lo mismo huye de todo peligro y combate: aunque sus piernas son cortas y su cuerpo muy grueso, no deja de correr con gran velocidad y de nadar con mayor ligereza: camina ordinariamente acompañado y á veces en grandes manadas; su cuero es de una testura tan sólida y firme que por lo comun no penetra la bala, su carne es fastidiosa y grosera; sin embargo, la comen los indios. Hállase este animal comunmente en el Brasil, en el Paraguay, en la Guyana, en las Amazonas y en toda la estension de la América meridional desde la estremidad de Chile hasta la Nueva-España.

El tapir, que se puede reputar por el elefante del Nuevo Mundo, solo representa imperfectamente al elefante en la figura y aun menos en el tamaño, como fácilmente se conocerá por la exacta comparacion que de él hacemos.

El tapir camina con mas frecuencia de noche que de día y busca su alimento en la sombra y durante la calma de la noche; sin embargo, se le suele encontrar de día. Gusta mucho de bañarse y nada y se sumerge fácilmente: los sitios húmedos son los que prefiere y aun cuando es un animal terrestre, este instinto que tiene por los lugares pantanosos y por el agua ha dado ocasion á que algunos autores le hayan considerado como anfibio. Los tapires se hallan en número bastante crecido sobre lo interior de las tierras de la Guyana.

Se ve que la especie de trompa que tiene á la estremidad de la nariz, no es mas que un vestigio ó rudimento de la del elefante, este es el único carácter de conformacion por el cual se puede decir que el tapir se asemeja al elefante. Por lo demás, aunque el tapir es efectivamente el mayor de los cuadrúpedos de la América meridional y algunos pesan hasta 500 libras; es claro que este peso apenas llega á la décima parte del de un elefante de mediana estatura, y que no se hubiera pensado nunca en comparar dos animales entre los cuales hay tan poca proporcion, si el tapir además de aquella especie de trompa, no tuviese algunas cualidades análogas á las del elefante. En efecto, el danta entra con frecuencia en el agua para bañarse y no para coger pescado, el cual no come nunca, se sustenta de yerbas y de hojas de arbustos como el elefante, y tambien como él no produce mas que un hijo á la vez.

Del mismo modo los dantas huyen de los parajes habitados y viven cerca de los pantanos y de los ríos, los cuales atraviesan frecuentemente de día y aun de noche. La hembra hace que le siga su hijo y desde muy pequeño le acostumbra á entrar en el agua, donde nada y juega delante de ella, la cual parece le da lecciones para este ejercicio, sin que el padre tenga parte alguna en la educacion, pues siempre se encuentran solos á los machos, á escepcion del tiempo en que las hembras están en calor.

La especie de los dantas es bastante numerosa en lo interior de la Guyana, y á veces acuden á los bosques situados á alguna distan-

cia de Cayena. Cuando se ven perseguidos por los cazadores, se refugian al agua donde es fácil tirarles: pero aunque su índole es tranquila y suave, son peligrosos cuando están heridos, habiéndose visto á algunos arrojar á la canoa de donde habia salido el tiro, y procurar vengarse trastornándola. Tambien es preciso precaverse de ellos en los bosques, en los cuales hacen senderos, ó mas bien caminos bastante anchos y batidos, por la costumbre que tienen de ir y venir siempre por unos mismos parajes: y es de temer encontrarlos en estos caminos, de los cuales nunca se desvian, porque su marcha es impetuosa, y sin designio de ofender, chocan rudamente con todo lo que se les pone delante. Los terrenos contiguos á la parte superior de los ríos de la Guyana están habitados por bastante número de dantas, y las orillas de los mismos ríos, cortadas con las sendas ó caminos que hacen en ellos, siendo dichos caminos tan trillados, que los parajes mas desiertos parece á primera vista, estar poblados y frecuentados por los hombres. Finalmente, se tienen perros enseñados para la caza de estos animales en tierra, y para seguirlos en el agua; pero como tienen la piel muy gruesa y sólida, rara vez sucede matarlos del primer tiro.

El grito de los dantas es una especie de silbido fuerte y agudo que los cazadores y los salvajes imitan con bastante perfeccion para hacerlos venir á él, y tirarles de cerca; pues casi nunca se les ve desviarse de los sitios que han adoptado. Corren pesada y lentamente, y no acometen á los hombres, ni á los animales, á menos que los perros se les acerquen demasiado, pues entonces se defienden con los dientes, y los matan.

La danta parece tiene gran cuidado de su hijo, pues no solo le enseña á nadar, jugar y sumergirse en el agua, sino que tambien cuando está en tierra, hace que la acompañe siempre, y si el hijo se queda atrás, la madre vuelve de tiempo en tiempo su trompa, en la cual está situado el órgano del olfato, para oler si la sigue ó si se queda muy distante en cuyo caso le llama, y le espera para continuar su marcha.

Críanse algunos dantas domésticos en Cayena, los cuales andan por todas partes sin hacer ningun mal: comen pan, cazabe y frutas: gustan de que los acaricien, y son groseramente familiares, pues tienen un aire pesado y torpe, casi como el cerdo. A veces se van al bosque por el día, y vuelven por la noche á la casa; aunque tambien sucede con frecuencia, cuando les dan esta libertad, que abusan de ella y no vuelven. Su carne se come; pero es de mal gusto, indigesta, y semejante en el color y olor á la del ciervo, teniéndose solo por bocados razonables los pies y la parte superior del cuello.

Mr. Bajon, cirujano del rey en Cayena, envió á la Academia de las ciencias, el año de 1774, una memoria relativa á este animal, cuyo extracto daremos aquí por las buenas observaciones que contiene.

La figura de este animal, dice Mr. Bajon, es en general parecida á la del puerco: su estatura es la de un mulo pequeño, y sumamente grueso, descansa sobre piernas muy cortas: está cubierto de pelo lo mas grueso y largo que el del caballo ó del asno, pero mas fino y corto que las cerdas del puerco, y mucho menos espeso: su crin siempre recta, tiene poca mas longitud que el pelo de todo el cuerpo, y se estiende desde la cerviz hasta el principio de la espalda: la cabeza es abultada y algo larga, los ojos pequeños, y muy negros, y las orejas cortas, y algo parecidas en su figura á las del puerco: á la estremidad de la quijada superior tiene una trompa de cerca de un pie de largo, cuyos movimientos son muy flexibles, y en la cual reside el órgano del olfato, sirviéndose de ella, como el elefante, para coger frutas, que son parte de su alimento: las dos aberturas de la nariz salen de la estremidad de la trompa; y su cola es muy pequeña, pues solo tiene dos pulgadas y cuatro líneas de largo y casi pelada.

El pelo del cuerpo es pardo claro, las piernas pequeñas y gruesas, los pies muy anchos y algo redondos: los pies de delante tienen cuatro dedos, y los de atrás solo tres, y todos ellos cubiertos de un casco duro y grueso: la cabeza aunque abultada, contiene un cerebro muy pequeño: las quijadas son muy largas y guardadas ordinariamente de cuarenta dientes, aunque á veces tienen mas y á veces menos: los dientes incisivos son cortantes, y en el número de estos es en el que se nota variedad. Despues de los incisivos se encuentra en cada lado de las quijadas un diente canino, muy parecido á los colmillos del javalí: á este se sigue un pequeño espacio sin ningún diente, y luego siguen las muelas, que son muy gruesas y de gran superficie.

El tapir ó maipuri macho, es siempre mayor y mas fuerte que la hembra, y los pelos de su crin mas largos y poblados. El grito de uno y otro es exactamente como el de un gran silbato, bien que el del macho es mas agudo, fuerte y penetrante que el de la hembra.

El tapir malayo, llamado maira, se parece en su forma al de la América, y tiene como él una trompa flexible. Su aspecto general es pesado y macizo: tiene analogia con el cerdo. Es particularmente notable por su color: tiene en el cuerpo un ancho cinturón ó lista blanca muy pronunciada, al paso que las partes de delante y de atrás son negras. Esta lista se extiende circularmente al derredor del cuerpo, partiendo desde detrás de las espaldas hasta el origen de la cola, y contrasta mucho con el negro brillante del resto del animal. La piel es gruesa y firme ligeramente poblada de pelos cortos. No tiene crin en el cuello como las especies de América. La cabeza es negra y tiene una trompa de seis á ocho pulgadas de longitud. Los ojos son pequeños, las orejas pequeñas y con un reborde blanco. Tiene cuarenta y dos dientes. En la mandíbula superior hay siete molares de cada lado, un pequeño canino inserto exactamente en la sutura del hueso incisivo, y delante seis incisivos, de los cuales los dos mas distantes se prolongan á manera de colmillos. En la mandíbula inferior solo hay seis molares, los caninos son grandes, y el número de incisivos, de los cuales los dos mas exteriores son mas pequeños, es el mismo que en la mandíbula superior. Hay un hueco vacío como de dos pulgadas entre los molares y los caninos en cada mandíbula. La cola es muy corta y apenas tiene pelos. Las piernas son cortas y robustas; los pies anteriores tienen cuatro dedos, y los posteriores tres.

Este animal es grande, sobre todo de cuerpo, que iguala el de un bisonte (*búfalo*) y es notable que todas las hembras que se han proporcionado han sido mucho mayores que los machos. Los naturales de Sumatra comen su carne.

El pinchaque se diferencia de los anteriores en su occipicio complanado y su nuca redondeada, el color del pelo es castaño negruzco, tiene un espacio desprovisto de pelo en las nalgas, pero es muy espeso en lo restante del cuerpo del animal y tiene una raya blanca en el ángulo de la boca.

Habita este animal en lo mas elevado de las montañas de la América meridional y nunca baja á los terrenos llanos.

J. DE D.

LA MUJER Y LA FLOR.

Que es la mujer una flor,
han dicho algunos autores;
y en el mundo del dolor
opinan que un tierno amor
es la vida de las flores.

Soy del mismo parecer;
mas, para escoger mejor,
es indispensable ver
en su casa á la mujer
y en el jardín á la flor.

A. RUIZ.

ABDIAS.

Es el cuarto de los doce profetas menores. Vivió bajo el reinado de Ezequías, seiscientos veinte y seis años antes de Jesucristo.

No existe de él mas que un capítulo, en que pronostica la ruina de los idumeos que debían hacerle guerra á los israelitas.

Segun unos fue contemporáneo de Amós, Oseas é Isaías, y segun otros, escribió despues de la ruina de Jerusalem por los caldeos.

J. S.

FABULA.

LA ARAÑA, LA MOSCA Y LOS LAGARTOS.

Una araña tejía diligente,
En el rincón oscuro
De un arruinado muro,
Sus hilos diestramente.

Constante en el trabajo y afanada,
La red diáfana estiendo;
Especie de cortina que defiende
De su mansion la entrada.

Concluye su tarea, y satisfecha
De obra tan ingeniosa,
Del fondo de su tela misteriosa
La incauta mosca acecha.

Llega el alado insecto, en torno zumba
De su enemiga insana,
Y al fin se posa ufana
Sobre esa gasa que será su tumba.

Quiere volar la mosca, mas su pata
Presa está en el tejido...
Sale la araña entonces de su nido...
La atrae á sí... y la mata.

.....
Vecinos de la araña, agazapados
En las grietas del muro,
Un asilo seguro
Tienen unos lagartos muy taimados.

Dióse el caso que un día,
Al querer los reptiles ver el cielo,
Toparon con un velo
Que la grieta cubría.

Mas como el velo era la telaraña,
Y ellos no eran mosquitos,
Rompiéronla, sin dársele tres pitos,
De tela, ni de araña.

«¡Todos somos iguales!» con empeño
Claman muchos do quier. ¡Todo es patraña!
Lector: en este mundo de cucaña,
Sálvase el grande y húndese el pequeño,
Como en el cuento de la telaraña.

REMIGIO CAULA.

PURE DE VULGARIDADES.

Al buen callar llaman Sancho; pero como no hay regla sin escepcion, hoy salgo de mis casillas y diré las verdades del barquero en un santiamén aunque me quieran mal mis comandres: que quien da lo que tiene no está obligado á mas, y si algun corre, vé y dile se sube á la parra, sacará lo que el negro del sermón y vendrá como pedrada en ojo de boticario, decirle que quien se pica ajos come; y si me tienta la paciencia le pondré como hoja de perejil porque tengo muy buenas despachaderas. Pero entre estas y las otras se me va el santo al cielo; y pues dicen que mas vale un toma que dos te daré, manos á la obra, escribiré á troche y moche salga pez ó salga rana.

No estoy harto de pan ni de vino, tengo mi alma en mi armario; y si es verdad que mas discurre un hambriento que cien letrados, pecho al agua aun que dé una en el clavo y ciento en la herradura, y digan que soy mas tonto que la braga de Adán, y agudo como punta de colchón, muchas veces debajo de mala capa se encubre buen bebedor; y si alguno cree que todo el monte es orégano tal vez venga por lana y vuelva trasquilado.

Yo tengo mi gramática parda, y con mi modo de pajear, en menos que se santigua un cura loco hago de mi capa un sayo; y si alguno

dice quítame allá esas pajas, para que vea que no soy moco de pavo le encajo de pé á pá que mas sabe el cuerdo en su casa que el loco en la agena; mucho mas los que no tienen pelo de tonto, pues sienten crecer la yerba y saben donde les aprieta el zapato.

Pero como hay muchos á la que salta esperando el pez para freirlo, y que diciendo esta boca es mia parecen granizo en albarda, y metiéndose en camisa de once varas arman un cisco de dos mil demonios, y si les sale el tiro por la culata dicen, «ahí me las den todas;» convencido de que quien no se embarca no pasa la mar, y que quien tiene vergüenza ni come ni almuerza, por ver si almuerzo escribiré mas que el Tostado; pues quien tiene hambre con pan sueña.

Cuando el diablo no tiene que hacer con el rabo mata moscas; pero se entretiene en esto cuando no tiene que hacer y los diablos sin rabo abandonan sus obligaciones por roer los zancajos al prójimo, y el busilis está en que siempre habla el que tiene mas porque callar.

Conozco una vieja mas fea que una noche de truenos, con muchas pizcas de tonta, que á cada triquitraque y sin decir oste ni moste pone faltas á todos, teniendo ella mas que una pelota. Sucedió un día que la oyeron las paredes, y como nunca faltan mete sillas y saca muelas que traigan y lleven, llegó á oídos de la otra lo que la vieja habia vociferado, y encontrándose un día de manos á boca, la dijo cuántas son cinco; pero la vieja erre que erre, decia que no la habia roído los huesos, y por lo tanto no habia que andar con tinte bonete, pues podia ir con la cara descubierta, y mejor queria ponerse una vez colorada que ciento amarilla.

Replicó la ofendida, que ella tenia el pie muy bien sentado, y que si daba en traerla y llevarla habria sus dares y tomares; pues nadie puede decir de esta agua no beberé, porque la que mas y la que menos, como dijo el otro tiene porque callar.

Al oír esto, la vieja tomaba el cielo con las manos, y estuvo en un tris que anduvieran al morro si no fuera porque otra vieja que andaba á la husma llegó bebiendo los vientos, y sin darle vela para aquel entierro las puso como chupa de dómine. Entonces la ofendida agarra y qué hace, coge y se va á su casa, sube arriba, baja á bajo, y topándose con su marido le endilgó el sucedido de cabo á rabo poniéndole la cabeza como una olla de grillos.

El marido, que era de la piel de Judas y mas bravo que otro tanto, se le subió el humo á las narices cogió un demonio y salió raspallando.

En menos que canta un gallo se embocó en casa de la vieja, y dándose de bruces con el marido hubo una de padre y muy señor mío. El ofendido gritaba como un descosido, y echando por los cerros de Ubeda dijo que su mujer era honrada desde la suela del zapato hasta la punta de los pelos y que si andaban en requilorios y dingolondangos haria y aconteceria, y sacando los trapos de la colada se sabria lo del callejón. La vieja, que estaba rabiando por meter la cucharada y no se le asaba ni se le cocia, de hoz y de coz mató la pata y dijo, en cuanto á sacar trapos mas días hay que longanizas; pero con el tiempo y un gancho todo se alcanza y no hay que alzarme el gallo, pues soy como los pájaros de la vega, á mí no me pinchan ratas, y no me dejaré poner la ceniza en la frente; pues aunque visto de lana no soy borrega.

—Ni yo soy rana, dijo el ofendido, para dejar que traten á mi mujer como á una puerca cenicienta, pero tragado me lo tenia que tomaría usted el rábano por las hojas y echaría el sello, porque al fin y al cabo la cabra siempre tira al monte.

—La cabra será él y toda su casta, dijo la vieja, y mucho ojo con irse del seguro, que donde menos se piensa salta la liebre y si me hacen cosquillas diré todo lo que sepa y lo que no sepa; con que así no hay que tentarme porque andan brujas.



Lámina de «Luz y Sombra.»

Otra vieja que andaba al paño, en cuanto oyó decir bruja, saltó y dijo.

A mí no me va ni me viene y aunque sea meterme en la renta del escusado, les digo que están ustedes tocando el violon y si el tiempo que gastan en averiguar vidas ajenas le emplearan en arreglar las suyas, mas les luciría el pellejo.

—Pellejo me vuelva yo, dijo el agraviado y que me la claven en la frente si no les hiciera bailar en la cuerda floja, que arrieros somos.

Y cogiendo la puerta se afufó y con esto quedó la casa hecha una balsa de aceite.

M. F. EL FLACO.

LA FLOR.

Con razon se comparan siempre las flores al amor, y mas que todo á la mujer que nos lo inspira.

En la flor están palpablemente de manifiesto el presente y el pasado, el ayer y el hoy.

El *ayer* brillante y sereno, donde todo eran ilusiones bellas, que llenaban de gozo nuestra alma, y el *hoy* triste y tempestuoso, en que nos atormentan sin cesar los recuerdos del pasado placer.

Venimos hoy ostentarse gallarda en el pensil

una flor de matizados colores y de suaves perfumes que nos embriaga, y mañana la contemplamos marchita, sin corola, sin perfumes...

Este es el triste cuadro de la vida.

Todo pasa, dejando en pos un recuerdo triste...

La historia de una flor es obra de muchos volúmenes, escrita por el tiempo.

La historia de una mujer no es mas que una fiel copia de esa historia sacada por el amor.

Por eso la mujer ama tanto las flores.

Siempre se la ve procurándose con afán las mas hermosas, aspirando sus dulces aromas, y embriagándose con ellos.

La flor es amiga íntima de la mujer. A ella confía sus amores, sus alegrías, sus penas.

¡Cuántos suspiros de amor, escapados de los purpúreos labios de una candorosa virgen, reciben en su cáliz las flores!

¡Cuántas veces la enamorada doncella murmura el nombre de su amante junto á la corola de una flor! ¡cuántas otras le preguntan por él, y cuántas lágrimas desprendidas de sus rasgados ojos humedecen sus pétalos!...

¿Y no habeis visto cuán triste se pone la mujer cuando ve marchita una flor, á la manera que nos entristece la pérdida de una ilusión que ayer acariciábamos?

La flor no viviría sin la mujer, porque na-

die le prodigaría sus cuidados, porque nadie puede cultivarla sino la mujer; pero al propio tiempo, ésta no puede pasar sin ella; porque no tendría á quién confiar sus suspiros, sus lágrimas, sus penas...

La mujer y la flor son dos amigas inseparables; dos hermanas; porque flor es tambien la mujer, flor de primorosos matices; pero como aquella, cercada de espinas; como aquella, pasajera...

Para el hombre la flor encierra otros sentimientos. La flor es la rival del hombre.

Este la contempla siempre con respeto, sin atreverse á poner sus manos sobre ella. Es un objeto sagrado, porque sabe que es la favorita de la mujer, y la mira con envidia, porque sabe que su amada la ama, porque la roba suspiros que él quisiera aspirar, palabras que él deseara haber escuchado.

El hombre pregunta á la flor por el amor de la mujer; busca en sus pétalos un recuerdo de la que ama, y se estremece al ver lo que cree una lágrima de su amada; pero lo que tal vez es una gota cristalina de rocío de la mañana.

La mujer ama la flor, el hombre la admira respetuosamente.

La historia de la flor está comprendida solo en dos palabras, ayer y hoy, es decir, pasado y presente.

¡Pasado bello y risueño; ayer sereno y apacible, en que se alzaba orgullosa exhalando suaves perfumes, y luciendo sus brillantes colores; hoy triste y borrascoso, en que se mira marchita por el suelo, juguete del viento, que la lleva aquí y allá sin cáliz, sin perfumes, sin colores!...

CÁRLOS SANCHEZ PALACIO.

LUZ Y SOMBRA.

(HISTORIA DE UN HIJO NATURAL.)

NOVELA ORIGINAL

DE

DON MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ.

EDICION ILUSTRADA CON LAMINAS,

por los primeros artistas.

Esta novela formará un volúmen que se reparte por entregas.

Cada entrega consta de 16 grandes páginas de lectura, letra clara y buen papel. En cada tres entregas se reparte gratis una bonita lámina estampada aparte.

Cada entrega cuesta á los suscritores un real en Madrid y diez cuartos en provincias, franco el porte.

Todas las semanas se repartirán dos ó tres entregas.

Se han publicado 36 entregas.

EPIGRAMA.

Un dia en un cartelón
Leí con admiración;
El doctor Quiero-pesetas,
La radical curación
De las dolencias secretas.
Y otro su borde tapando
Como idénticos asuntos
Y el anterior confirmando,
En tres horas anunciando
Targetas para difuntos.

ADRIAN VIUDES Y GIRON.

Por todo lo no firmado J. GASPÁR.

Editor responsable: Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdidas de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 días despues de su publicacion.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: librería de Gaspar y Roig, Príncipe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Cármén, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31; Durán, Carrera de San Jerónimo; Doehao, calle de Jacometrezo 63; y en la Publicidad, pasaje de Matheu.

En Provincias, Etranjero y Américas, en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.